

MALESTAR EN LA CULTURA Y SUPERYÓ: CONVERSACIONES ENTRE FREUD Y LACAN

Jorge Alexander Daza*
Ana Lucía Sanín Jiménez**

DISCOMFORT IN CULTURE AND SUPEREGO: CONVERSATIONS BETWEEN FREUD AND LACAN

SÍNTESIS

El presente artículo se interroga por las relaciones existentes entre el superyó y el malestar en la cultura desde las propuestas de Freud y Lacan, teniendo en cuenta que estos conceptos cambian a lo largo de la obra de ambos. Contempla sus divergencias y convergencias en este tema, mostrando su concordancia con el complejo de Edipo y lo pulsional. Además resalta la distinción que hace Lacan entre las funciones del ideal del yo y el superyó, la cual no es tan clara en los escritos de Freud. Al final se dejan abiertas algunas preguntas en los campos teórico, clínico y social.

Descriptores:

Superyó, Ideal del yo, malestar en la cultura, pulsión de muerte, goce, complejo de Edipo.

ABSTRACT

This article analyzes the relation between superégo and discomfort in culture in Freud and Lacan's theories, taking into account that these concepts changed for these authors over the years. The article shows the common ground and the differences between Freud and Lacan in this regard and illustrates its association with the Oedipus complex and the drives. In addition the article highlights Lacan's distinction between the functions of the ego ideal and superégo, which is not so clear in Freud's work. The paper ends up with some open questions in the theoretical, clinical and social domains.

Descriptors:

Superego, ego ideal, discomfort in culture, death drive, the gaze, Oedipus complex

* Psicólogo. Universidad Católica Popular del Risaralda. Residente en la Línea de investigación Psicoanálisis, Trauma y síntomas contemporáneos de julio de 2007 a noviembre de 2008.

** Psicóloga, psicoanalista. Especialista en Psicología clínica, con énfasis en salud mental. Magister en Investigación psicoanalítica. Líder del grupo de investigación: Clínica y Salud mental, y de la línea Psicoanálisis, Trauma y Síntomas Contemporáneos. Profesora auxiliar del Programa de Psicología de la Universidad Católica Popular del Risaralda. alsanin@ucpr.edu.co

INTRODUCCIÓN

Si bien el psicoanálisis es una disciplina eminentemente clínica y a la vez un método de investigación para conocer fenómenos psicológicos que de otra forma no sería posible, también se interesa por ciencias no psicológicas, tal como lo explica Freud en su texto "El interés por el psicoanálisis", que podría ser considerado el manifiesto interdisciplinar del mismo. Entre las disciplinas mencionadas están el lenguaje, la filosofía, la biología, la psicología evolutiva, la historia de la cultura, el arte, la sociología y la pedagogía.

Hacer ese tipo de relaciones es bastante complejo, ya que se trata de un proceso cuidadoso y riguroso, en el que se generan espacios de diálogo comunes entre una y otra disciplina, de tal forma que puedan compartir aportes y críticas o llegar al punto en el que una pueda ser objeto de estudio de la otra.

Gran parte de la reflexión de Freud gira en torno a estos intereses. Es así como los conceptos a desarrollar en este artículo están en plena relación con el interés por la sociología y por la historia de la cultura. Sobre el interés sociológico Freud afirma: "...el psicoanálisis descubre en su más amplia escala la participación que las constelaciones y los requerimientos sociales tienen en la causación de la neurosis" (1913b/1996, 190-91). Por esta vía, el Psicoanálisis estudia en qué medida lo social afecta lo individual y puede generar los síntomas.

En cuanto al interés por la Historia de la cultura, expone:

"...el psicoanálisis se habilita para arrojar luz sobre los orígenes de nuestras grandes instituciones culturales: la religión, la eticidad, el derecho, la filosofía. Al pesquisar las

situaciones psicológicas primitivas de las que pudieron surgir las impulsiones para esas creaciones, se ve capacitado para refutar muchos intentos de explicación que se basaban en alguna provisionalidad psicológica, y sustituirlos por unas intelecciones que calan a mayor profundidad." (1913/1996, 188)

En lo referente a la historia de la cultura, es pertinente afirmar que el psicoanálisis contribuye a desentrañar los principios psíquicos que intervienen en la constitución de los diferentes modos de relación del hombre con su mundo a lo largo de la historia; por ejemplo, cómo la omnipotencia de las ideas influyó en la aparición del totemismo.

Sobre esta base, se hace posible dar entrada a la pregunta que orienta el presente artículo, a saber, ¿Qué relación tiene el superyó con el malestar en la cultura en las propuestas de Freud y de Lacan? Para dar respuesta a este interrogante, hay que tener en cuenta que, a lo largo del desarrollo del pensamiento psicoanalítico, el superyó ha sido uno de los conceptos más debatidos, por lo que no hay que dejar pasar sus problemáticas. El primer punto a considerar es el de las críticas que suscitan su uso y abuso.

Al respecto, Marta Gerez Ambertín (2003) expone diez de las vertientes que ha tomado el superyó en los distintos autores psicoanalíticos: 1) benévolo, amoroso y protector; 2) resultado de la identificación con los padres, sexuado, confundido con el ideal del yo y dominado por el yo; 3) heredero del complejo de Edipo, da cuenta de la realidad 3) ajeno al carácter; 4) "amoral" que debe ser domesticado; 5) ausente o debilitado en la perversión; 6) asimilado al síntoma; 7) aliado a la transferencia; 8) masculino o femenino; 9) asegurador del éxito; 10)

ausente en el niño o simplemente expulsado del aparato psíquico. Al revisar estas diez propuestas, la autora señala que se encuentran bastante alejadas del pensamiento freudiano y lacaniano, por lo que propone volver a los textos de ambos para comprender este concepto, soportando las dificultades que tiene esta rigurosidad y dejando al lado concepciones que evaden el conflicto inherente a la vida del ser humano.

Por su parte, Jacques-Alain Miller (1986) denuncia que la psicología del yo, con sus abanderados Hartmann y Lowenstein, trasfiere las funciones del superyó al yo, restándole su importancia. De igual forma, resalta que existe una tendencia en los psicoanalistas actuales a repetir la fórmula que presenta al superyó como heredero del complejo de Edipo, la cual es replicada de una forma "sacramental", aún cuando Melanie Klein da cuenta de su precocidad. Por último, este autor denuncia que categorías como masoquismo primordial y pulsión de muerte están siendo expulsadas del discurso analítico, a pesar de ser categorías esenciales para comprender el superyó. El propio Lacan en el seminario de "La ética" (1960a/2000), asegura que los psicoanalistas tienden a olvidar el superyó en sus promesas de curación, sobre todo su carácter mortífero.

El segundo punto se refiere a la concepción de superyó en Freud y Lacan, puesto que entre estos autores se presentan tanto divergencias como convergencias. Colette Soler (2007) se sorprende de que un concepto tenga formulaciones tan contrarias, pues por un lado Freud propone que el superyó es una instancia de renuncia, y por el otro, Lacan dice que es de empuje al goce. Según Soler, el impasse de Freud con el superyó es que lo considera heredero tanto del padre como del ello, lo cual se debe, en

parte, a que no logró separar el padre y el superyó, mientras que, según esta autora, Lacan supera esta contradicción, ya que les atribuyó funciones distintas. Con respecto a este punto, Miller expone que Lacan se interesó en el superyó porque hace contrapunto al Nombre del Padre.

Lo planteado por estos autores pone de manifiesto que el estudio del superyó es un asunto vigente, que tiene distintas facetas y múltiples posibilidades. Este artículo realiza un abordaje de carácter teórico, buscando encontrar las relaciones que tiene el superyó con el malestar en la cultura, contribuyendo a la delimitación de los postulados de Freud y Lacan, ya que entre estos dos autores se presenta una situación especial, en la cual se tienden a confundir las contribuciones del uno con las del otro, debido en parte, a que Jacques Lacan se autodenomina revisionista de Freud, sin negarse que realiza importantes aportes en la teoría y la técnica del psicoanálisis que lo llevan a apartarse, en ocasiones, del padre del psicoanálisis.

Por otra parte, el presente texto, al estar inscrito en la línea de investigación Psicoanálisis, Trauma y Síntomas Contemporáneos, aporta a la comprensión de nociones como superyó, goce y malestar en la cultura, importantes a la hora de pensar en los síntomas contemporáneos, sirviendo de base a las búsquedas de otros estudiantes y siendo un insumo teórico para futuras investigaciones.

1. DESARROLLOS FREUDIANOS RESPECTO A LA RELACIÓN ENTRE EL SUPERYÓ Y EL MALESTAR EN LA CULTURA

Arrebatado por una irresistible ansia de sacrificio iba a

*implorar a dios que lo mata-
se, pero no llegó a tiempo de
poner las palabras en orden.
La anestesia le ahorró el su-
premo sacrilegio de querer
transferir los poderes de la
muerte hacia un dios más ge-
neralmente conocido como
dador de la vida. (Saramago,
2006,23)*

En cuanto al malestar en la cultura, se podrían situar dos momentos en la teorización freudiana; en el primero se desarrolla la antinomia entre sexualidad y cultura, resaltando los efectos nocivos que tiene la segunda sobre la primera y, aunque no se menciona al superyó o al malestar en la cultura, se reúne gran parte de los insumos que luego darán origen a estos dos conceptos.

Se encuentra un segundo momento, en el que Freud propone que el malestar en la cultura es causado porque las pulsiones de vida y de muerte se encuentran en pugna; en este sentido, el lugar del superyó sería, más que reprimir, empujar a los sujetos a la renuncia de una forma tan extrema que se ubica del lado de la pulsión de muerte.

Para llevar a cabo este recorrido, es preciso tener en cuenta que existen algunas confusiones al usar los conceptos de ideal del yo y súper yo, lo que será aclarado.

1.1 LOS IDEALES DE LA CULTURA Y LA CONCIENCIA DE CULPA

En la época victoriana se presentaba un fenómeno particular: la sexualidad estaba regulada en gran parte por la cultura y la norma dictaba que sólo era posible tener relaciones sexuales dentro del matrimonio, con el fin exclusivo de la procreación y la edu-

cación; buscaba que los individuos enfocaran sus pulsiones para que pudieran poner toda su energía en el trabajo cultural.

Ante ello, Freud se dio cuenta de que algunos síntomas se presentaban de forma frecuente, principalmente la nerviosidad y la impotencia psíquica; en ambos encontró que la causa estaba más allá de lo orgánico, obedeciendo a una causalidad psíquica, específicamente relacionada con la sexualidad. Esto le permitió concluir que había una discontinuidad entre los fines de la cultura y la constitución del sujeto, de tal forma que las altas exigencias culturales estaban siendo la base del sufrimiento subjetivo.

Para explicar este tema, Freud contrapone el concepto de sublimación y el de fijación. La sublimación es el proceso que cambia la meta sexual originaria por otra de carácter no sexual que obedezca a los fines culturales, mientras que la fijación es el resto que se resiste a ser sublimado, un punto de satisfacción directa que no cede (1908).

La noción de fijación pone de manifiesto que para todos los individuos la satisfacción directa es ineludible; si se tiene en cuenta que unos la necesitan más que otros, pero que la pretensión cultural es evitar que dicha satisfacción se logre por medio de prohibiciones excesivas, inevitablemente aparecerán los síntomas. Lo anterior es un efecto paradójico, ya que en muchas ocasiones son inhibiciones que perjudican el andamiaje mismo de la cultura; es decir, al pretender la máxima renuncia del individuo para que sirva a los ideales culturales, ésta puede lograr su propio final.

Más allá de esta paradoja, Freud explica que existe otra cara de la prohibición, referida a la conciencia de culpa. Para dar cuenta de

dicha conciencia, se vale de su estudio de la neurosis obsesiva, pues nota cómo estos enfermos tienen una forma peculiar de comportarse:

"Puede decirse que quien padece de compulsión y prohibiciones se comporta como si estuviera bajo el imperio de una conciencia de culpa de la que él, no obstante, nada sabe; vale decir, de una conciencia inconciente de culpa, como se puede expresarlo superando la renuencia que provoca la conjunción de esas palabras. Esta conciencia de culpa tiene su fuente en ciertos procesos anímicos tempranos, pero halla permanente refrescamiento en la tentación, renovada por cada ocasión reciente; y por otra parte genera una angustia de expectativa siempre al acecho, una expectativa de desgracia que, por medio del concepto del castigo, se anuda a la percepción interna de la tentación" (1907/1996, 106)

De este fragmento de "Acciones obsesivas y prácticas religiosas", se pueden extraer varios puntos importantes. En primera insatancia, Freud menciona que los neuróticos se encuentran bajo una conciencia de culpa que es inconciente, afirmación que hace teniendo en cuenta que la conjunción de ambos términos parece incompatible, pues pensar que hay algo de conciencia en el inconciente es una contradicción lógica; sin embargo, se refiere a la conciencia moral, a una necesidad de castigo de la cual el sujeto no puede dar cuenta². Un segundo aspecto es que la conciencia de culpa está

ligada a la represión, valga decir, que mientras los deseos reprimidos buscan constantemente su satisfacción, se está en una permanente espera de castigo por dichos deseos, puesto que el efecto de la conciencia de culpa está siempre presente.

Con respecto a la conciencia de culpa, Freud ubica su origen histórico gracias a su análisis del sistema totémico³, basándose en Wundt y Frazer para plantear que el tótem representa un padre ancestral. Esto tiene una estrecha relación con lo que en el totemismo es considerado como el banquete totémico, un rito en el cual el colectivo se come al animal totémico, en contradicción con su normatividad, ya que en otras ocasiones estaba prohibido y era castigado de la forma más enérgica. El rito era una festividad llena de júbilo, sin embargo, cuando acababa, el animal totémico era llorado; es decir, la relación con el animal totémico -representante del padre- era ambivalente.

Freud retoma a Darwin para sustentar sus planteamientos, cuando propone que en la horda primordial "hay un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y expulsa a los hijos varones cuando crecen..." (1913a/1996, 143). Agrega que en algún momento los hermanos se aliaron y mataron al padre⁴, el cual era temido y envidiado por cada uno de ellos, así, lo devoraron y se identificaron con él para apoderarse de una parte de su fuerza. Después de imponer sus deseos de muerte, los hermanos se arrepintieron, lo que despertó la con-

2 Freud reconoce lo impropio de hablar de sentimiento inconciente de culpa, aunque lo sigue usando aclara este punto en el problema económico del masoquismo (1924) donde explica que se refiere a una necesidad de castigo ya que las sensaciones y los sentimientos son percibidos sólo por el sistema de percepción conciencia.

3 En este punto Freud aclara que los acercamientos que realiza a estos temas son susceptibles de imprecisiones por la dificultad inherente de los mismos.

4 Al final de Tótem y tabú Freud se pregunta por la objetividad del asesinato del padre, discusión que deja abierta, teniendo en cuenta que los primitivos no diferenciaban del todo su pensamiento y su acción (omnipotencia de las ideas).

ciencia de culpa, por un lado porque admiraban al padre y, por el otro, porque ninguno podría alcanzar el poder que una vez llegó a tener él. El crimen primordial despierta la conciencia de culpa, provocando la aparición de los dos tabúes principales del totemismo: la prohibición al incesto y al parricidio.

No obstante, acerca de estos planteamientos Freud presenta dos cuestionamientos, sobre todo en su texto "Tótem y tabú": De ser la muerte del padre el punto de origen de la conciencia de culpa ¿cuánto de esta primera conciencia de culpa queda en la actualidad? ¿Cómo se transmite de generación a generación? Estos puntos son abordados por él, sin llegar a conclusiones que agoten el tema.

Sustenta que debe aceptarse la premisa de que hay una herencia psíquica. De no ser así, cada generación tendría que hacer sus propias averiguaciones y no se presentaría algún avance; según Freud, esta herencia es tan amplia que supera con creces la transmisión directa, a su vez que algo de la vida individual debe despertar dicha herencia para que ésta sea efectiva. Un último aspecto que resalta es que el psicoanálisis ha demostrado que los procesos anímicos más fuertes dejan huellas en el psiquismo; de la misma forma, sería posible plantear que las impresiones más fuertes de una generación son recibidas por la siguiente.

En "Moisés y la religión monoteísta" (1939), amplía el panorama de esta discusión, al

plantear que en el individuo no sólo actúan contenidos vivenciados por él mismo, sino que los de sus antepasados vienen con él, como unos "fragmentos de origen filogénico, una herencia arcaica" (1939, 94)⁵. Para dar cuenta de dicha herencia propone dos hipótesis. La primera se refiere a una especie de herencia genética que sería pulsional, y la segunda se basa en una concepción universal del simbolismo lingüístico. Propone que en la herencia pulsional sobresalen las reacciones frente al complejo de Edipo y la castración, puesto que tanto en la clínica como en la observación de niños pequeños, encuentra que las reacciones frente a los padres son injustificadas, lo que sólo podría explicarse por la herencia. En cuanto al simbolismo lingüístico, plantea que la forma en que cada ser humano aprende el lenguaje es la misma, lo que supone que dicha herencia es de la época en la que el lenguaje fue adquirido por la humanidad y funciona como una disposición intelectual adquirida.

1.2 YO IDEAL, IDEAL DEL YO Y SÚPER YO

Existen tres conceptos en Freud que se tornan problemáticos, a saber, el yo ideal, el ideal del yo y el superyó. Para situar estas dificultades es necesario remitirse al texto "Introducción al narcisismo" (1914/1996), en el que pareciera utilizar indiscriminadamente los conceptos de yo ideal e ideal del yo⁶, entendidos como una instancia que se erige en el interior del yo, por cuyo medio se mide el yo actual. El proceso mediante el cual se instaura el ideal del

5 En este punto Freud sustenta que el concepto de inconsciente colectivo está de más, puesto que el inconsciente es colectivo, patrimonio de la humanidad, por lo que es una redundancia decir colectivo.

6 El traductor del seminario 1 de Lacan dice que la diferencia sí se encuentra, sólo que no ha sido traducida al español. Lacan realiza un análisis de introducción al narcisismo en la clase XI de dicho seminario, allí trabaja la diferencia entre yo ideal e ideal del yo.

yo es una forma de no perder el amor narcisista que recayó en un momento sobre el yo, quien debió resignarse por las prohibiciones y por el despertar del propio juicio. Así, el amor hacia el yo ideal reemplaza el amor real que una vez se tuvo hacia el yo, cumpliendo aquí la función de la conciencia moral. Tal como lo expone Freud, la conciencia moral está del lado de las exigencias de la cultura y se constituye por la caída del complejo de Edipo.

En 1923 aparece por primera vez el superyó en el texto "El yo y el ello", sin embargo, Freud no lo distingue del ideal del yo y lo sitúa como una instancia al interior del yo. Propone que existen dos momentos importantes para su constitución: el primero es el de las identificaciones primarias con los progenitores⁷, donde se encuentra la base para el segundo, que es el declive del complejo de Edipo. Dichas identificaciones han sido modificadas por la prohibición y se enfrentan al resto del yo, como ideal del yo o superyó. Señala además que el superyó no es solo el producto de estas identificaciones, sino que es una formación reactiva frente a ellas, lo que pone en la siguiente fórmula: "Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia: "Así (como el padre) debes ser", sino que comprende también la prohibición: "Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas". (1923/1996, 33). Esto se debe a la fuerza del proceso de la represión.

Al final de las consideraciones sobre el superyó en este texto, plantea que éste es el heredero del complejo de Edipo, concep-

ción que completa diciendo: "... y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo". (1923/1996, 36)

En este texto señala por primera vez una de las características más paradójicas del superyó: "Es asombroso que el ser humano, mientras más limita su agresión hacia afuera, tanto más severo -y por ende más agresivo- se toma en su ideal del yo" (1923/1996, 55), hecho bastante extraño, puesto que se esperaría que el superyó se calmara con dichas renunciaciones. También dirá que el ideal del yo es el germen de las religiones y la ética.

En contraste con la concepción del superyó como heredero del complejo de Edipo, para Freud, el superyó está en fuerte relación con el ello ya que, al igual que esta instancia, muestra una fuerza despiadada contra el yo. Comprueba esta tesis en la clínica, planteando al superyó como el causante de la reacción terapéutica negativa, la cual consiste en que al mostrarse un atisbo de mejoría en la cura, las personas empeoran, dejando ver que en ellos existe una "necesidad de estar enfermas" tan fuerte que sólo puede encontrar su fuente en lo pulsional. (1923/1996, 50)

En 1924, en "El problema económico del masoquismo", Freud toca algunos puntos importantes sobre el superyó. Plantea que existe un masoquismo erógeno originario previo al sadismo y, a su vez, que una de sus

7 En este texto la palabra utilizada es "padre" no progenitores; sin embargo, en una nota al pie (Freud, 1923, 33) reconoce lo impropio de este término, puesto que el niño todavía no ha tenido noticia de la diferencia entre los sexos. De igual forma reconoce que el complejo de Edipo simple es el menos frecuente, ya que se presentan vínculos libidinales y de identificación tanto hacia el padre como la madre. Por lo demás en "El problema económico del masoquismo" (1924) ubica ambos progenitores como los primeros objetos de amor e identificación.

salidas es el masoquismo moral, en el cual identifica el sentimiento inconsciente de culpa, causado por la tensión entre el yo y el superyó. En este texto explica que, después de la resolución del complejo de Edipo, los vínculos con los primeros objetos de amor son desexualizados, produciendo una desmezcla pulsional⁸, lo que puede acrecentar la severidad del superyó, pues son introyectados caracteres esenciales de estos objetos: "su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y el castigo". (1924/1996, 173)

Otro aspecto que toma en cuenta Freud es que el superyó es "...el subrogado tanto del ello como del mundo exterior" (1924/1996, 172), puesto que a pesar de que los vínculos con los progenitores se encuentran introyectados por la identificación, se han tomado rasgos de ellos y existen en el mundo exterior, es decir, son personajes encarnados. Estos, a su vez, ocultan los influjos tanto del pasado como de la tradición, ya que con su presencia reavivan las reacciones frente al complejo de Edipo y contribuyen a la posterior instauración del superyó.

A la postre, es en el artículo "El Malestar en la cultura" (1927/1996) donde Freud realiza elucidaciones más detalladas sobre el superyó, abandonando el uso del término ideal del yo. Es justamente ese texto el que abre la puerta a la relación que se busca realizar entre superyó y malestar en la cultura.

1.3 MALESTAR EN LA CULTURA Y SUPERYÓ

En los apartados precedentes se ha venido esbozando la cuestión del superyó, quedan-

do aún pendiente establecer si es posible plantear alguna relación con el malestar en la cultura.

Se ha señalado que el propósito de la cultura es buscar el máximo rendimiento del individuo para sus fines; a su vez, que éste es, en cierto grado, refractario a tal aspiración; sin embargo, Freud, teniendo en cuenta la división pulsional del Eros y el Tánatos, propone que la máxima aspiración de la cultura es mantener cohesionados a los individuos en una gran unidad, la humanidad, lo que sería una manifestación de la pulsión de vida, una búsqueda de la conservación de la misma, lo cual no cambia el hecho de que en el individuo se presente una resistencia frente a dicho propósito. El punto de quiebre de esta aspiración es la agresividad originaria del ser humano, una tendencia destructiva hacia cualquier ser, por lo que manifiesta Freud: "...sostengo que la cultura encuentra en ella su obstáculo más poderoso". (1927/1996, 117)

Teniendo en cuenta lo anterior, Freud se pregunta cómo la cultura se defiende de esta agresividad y propone que se han generado vínculos de amor de meta inhibida, en busca de la cohesión, en vez de relaciones basadas en la satisfacción directa, que son menos duraderas.

Pero el mencionado método no es suficiente para contener la pulsión agresiva, por lo que se le da un vuelco a la pulsión de agresividad hacia el propio yo, produciendo el superyó, aplicando al yo la misma agresividad que se hubiera ejercido de buen gusto contra cualquier objeto.⁹

8 Las pulsiones de vida y de muerte no se encuentran ligadas entre sí, cada una busca su satisfacción de forma autónoma.

9 En "El malestar en la cultura" Freud aclara que la agresividad tiene su fuente tanto en la ambivalencia frente al padre como en la agresividad del padre de la horda primitiva.



Para explicar la forma como la agresividad retorna al yo, Freud recurre a sus indagaciones sobre la génesis de la conciencia moral. En un principio, el individuo no tiene una idea preconcebida de lo que es el bien o el mal, de tal forma que su obediencia se debe a que no quiere perder el amor de sus progenitores (cuidadores), porque esto significaría estar a la merced de las inclemencias del mundo exterior, pero sobre todo de la agresividad de ellos mismos; de esta manera, el individuo actúa en contradicción a la autoridad sólo si tiene la certeza de no ser descubierto. Sin embargo, la constante denegación de la satisfacción de las pulsiones agresivas produce la instauración de una instancia prohibitoria. En un segundo tiempo, la autoridad se ha interiorizado y a partir de aquí, es suficiente sólo que se desee sobrepasar la ley para que el castigo, a modo de sentimiento de culpa, se vea ejecutado.

Estas formulaciones llevan a Freud esgrimir la siguiente tesis: "... ante el superyó nada puede ocultarse, ni siquiera los pensamientos" (1927/1996, 121). Propuesta que explica la paradoja del superyó, ya que entre más se deniegue una satisfacción, más aumenta la tentación y por ende el castigo.

Estos desarrollos permiten relacionar ambos conceptos en la articulación freudiana, a saber, que el superyó es uno de los medios, tal vez el más importante, por el cual la cultura sofoca la agresividad, haciendo que el individuo renuncie a lo pulsional; sin embargo, dicha sofocación es una de las causas del malestar, en la medida en que el superyó es una instancia que cada vez pide más renunciaciones, puesto que con cada renuncia se fortalece, construyendo una cohesión que gira en torno al fortalecimiento de la culpa. Es así como el superyó, al ser una instancia interiorizada, es la forma en que "... la cultu-

ra yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo y vigiándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar de una ciudad conquistada". (1927/1996, 120)

2. DESARROLLOS LACANIANOS RESPECTO A LA RELACIÓN ENTRE EL SUPERYÓ Y EL MALESTAR EN LA CULTURA

"El superyó es un enigma en la teoría de Lacan. Mientras su crítica al yo es un punto bien conocido (...) no existe nada equivalente en la enseñanza de Lacan acerca de la función del superyó".
(Miller, 1986, 132)

De entrada, en Lacan se encuentra una afirmación bastante desconcertante en lo que respecta al superyó: "la única cosa de la que nunca traté es del superyó" (1971/1999). Enunciado bastante enigmático, puesto que constantemente se refiere al concepto, tanto de forma directa como indirecta, aunque en apartados muy cortos y difíciles de aprehender, lo cual hace que se complejice su abordaje. Teniendo en cuenta esta dificultad, se rastrearán algunos de sus planteamientos. Para empezar, se realizará la distinción entre ideal del yo y superyó, enfatizando en los desarrollos sobre este último; después se revisará cómo lo relaciona con el malestar en la cultura, para finalmente sacar algunas consideraciones finales.

2.1 SUPERYÓ E IDEAL DEL YO ¿COERCITIVO O EXALTANTE?

En el seminario "Los escritos técnicos de Freud" (1954/1981), Lacan critica la tendencia a utilizar conceptos distintos como

iguales, por lo que se propone diferenciar el ideal del yo y el superyó, postulando que el superyó es coercitivo y el ideal del yo es exaltante.

La palabra exaltante viene del verbo exaltar, significante que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define de cuatro formas: "a) Elevar a alguien o algo a gran auge o dignidad; b) Realzar el mérito o circunstancias de alguien; c) Avivar o aumentar un sentimiento o pasión d) Dejarse arrebatar de una pasión, perdiendo la moderación y la calma" (Diccionario de la lengua Española, 2001, 686-687). Por su parte, coercitivo tiene dos definiciones "a) Que sirve para forzar la voluntad o la conducta de alguien; b) Represivo, inhibitorio" (2001, 392): De estas dos definiciones se puede sacar a modo de contraste, que mientras el primero eleva y dignifica, el otro fuerza la voluntad.

En congruencia con esto, Lacan destaca la función pacificadora del ideal del yo y su relación con la función del padre: "...lo que nos interesa aquí es la función que llamaremos pacificante del ideal del yo, la conexión de su normatividad libidinal con una normatividad cultural, ligada desde los albores de la historia a la imago del padre" (1948/2003, 109). De esta manera, se encuentra al ideal del yo como una instancia que regula los vínculos libidinales y las relaciones del hombre, lo cual es coherente con la finalidad cultural.

Por otro lado, al proponer que el superyó es coercitivo, critica las posturas que lo toman como una instancia meramente simbólica, realizando su propio desarrollo: "...es preciso acentuar...su carácter insensato, ciego de puro imperativo, de simple tiranía" (1954/1982, 161). Para este autor, el

superyó tiene relación con la ley, pero no una ley pacificadora, como el ideal del yo, sino una ley insensata que llega a ser el desconocimiento de la ley misma, "el superyó es, simultáneamente, la ley y su destrucción". (1954/1981, 161)

Para ilustrar lo anterior, toma dos casos; el primero trata del pequeño Roberto, un caso de difícil diagnóstico expuesto por la señora Lefort, en el cual se concluye que está muy cercano a ser una psicosis. Este niño, quien tenía grandes dificultades de adaptación a su medio por sus crisis de agitación y agresividad, sostenía una relación bastante particular con el significante "lobo", puesto que al parecer, era con el único que podía representarse; es ahí, en este significante sin dialéctica, que Lacan reconoce al superyó.

El segundo caso trata de un individuo perteneciente a la religión islámica, quien se encontraba afeitado de ella. Su síntoma consistía en una parálisis de la mano. Al avanzar en las asociaciones, el paciente recuerda que cuando era niño había escuchado que su padre había sido acusado de robo, lo que relacionó con una frase que escuchó por este tiempo: al culpable de robo "se le cortará la mano", en congruencia con la ley coránica. Dice Lacan que el sujeto aisló este enunciado del conjunto de la ley, el cual apareció después en su síntoma. Al respecto, dice que el superyó es un "enunciado discordante", puesto que mediante el proceso de la represión, una parte del mundo simbólico del sujeto quedó escindido, haciendo que lo traumático continúe apareciendo, como una "instancia ciega y repetitiva". (1954/1981, 292)

Así, relaciona Lacan el superyó con lo más devastador, "...a lo más fascinante de las más primitivas experiencias del sujeto. Acaba por

identificarse a lo que llamo la figura feroz, a las figuras que podemos vincular con los traumatismos primitivos..." (1954/1981, 292).

Esto recuerda el planteamiento freudiano de 1924, cuando explica que el superyó tiene su fuente en las primeras identificaciones, pero sólo en sus rasgos más demoledores.

Estas referencias dejan al superyó en un lugar bastante difícil de situar, pues se encuentra como el producto de las identificaciones, pero no cualquiera, sino las más arcaicas y devastadoras; a su vez, destaca su relación con el significante y con la ley, pero una ley insensata y un significante sin dialéctica, lo que permite deducir que más allá del registro imaginario y simbólico, se encuentra en la base de esta instancia lo real, como lo nombra Lacan de una forma muy precisa "el núcleo de la represión" (1954/1981, 277). Frente a esto cabe preguntarse ¿Es la continuación de la paradoja freudiana, en la que se sitúa al superyó tanto como heredero del complejo de Edipo como siendo el abogado del Ello?

2.2 SUPERYÓ Y COMPLEJO DE EDIPO

Ya que Freud ubica el asesinato del padre de la horda primitiva como punto de origen de la conciencia de culpa, además de las repercusiones que tendrá luego esta idea en los planteamientos del complejo de Edipo, se hace necesario tener en cuenta la posición de Lacan al respecto.

En el seminario "La relación de objeto", dice: "Basta con leer Tótem y tabú simplemente con los ojos abiertos, para advertir que si no es lo que yo les digo, o sea un mito, es absolutamente absurdo" (1957/1999, 213), referencia que será recurrente a lo largo de

su obra, llegará incluso a decir que Tótem y tabú es el único mito que ha producido la edad moderna (1960a/2000).

Posteriormente se refiere en un tono despectivo a Tótem y tabú, denominándolo como la "...payasada darwiniana" (1970/1999, 119), puesto que, para Lacan, Freud se empeña en que la muerte de este protopadre ocurrió efectivamente. Con respecto a esta afirmación, es necesario tener en cuenta que Freud en todo el desarrollo del tema duda de que la muerte del padre se haya dado en la realidad material, puesto que los primitivos no la distinguían de la realidad psíquica, por lo que la crítica de Lacan no es del todo precisa.

Sin embargo, la única forma en que Lacan concibe el complejo de Edipo es en su función de metaforizar el peligroso deseo de la madre, es decir, plantea al padre como un operador estructural, el cual en el segundo tiempo del Edipo agencia la castración, posibilitando la instauración del ideal del yo (1970/1999). Dicha forma de comprender el complejo de Edipo no es tardía en la propuesta de Lacan, resaltándola sobre todo en los seminarios 4 y 5.

En el seminario 4, al analizar el caso Juanito, relaciona el complejo de Edipo y el superyó de la siguiente forma:

"El fin del complejo de Edipo es correlativo de la instauración de la ley como reprimida en el inconsciente, pero permanente. Sólo así hay algo que responde en lo simbólico. La ley no es simplemente, en efecto, aquello en lo que está incluida e implicada la comunidad de los hombres... Se basa también en lo real, bajo la forma de ese núcleo que queda tras el complejo de Edipo, núcleo llamado

superyó y como el análisis ha demostrado definitivamente, bajo esta forma real se inscribe lo que hasta ahora los filósofos nos habían mostrado con más o menos ambigüedad como la densidad, el núcleo permanente, de la conciencia moral, encarnada en cada sujeto, como sabemos, bajo las formas más diversas, más descabelladas, más llenas de aspavientos". (1957/1999, 210)

Se observa en esta referencia que lo entiende como un núcleo reprimido que está más allá de lo simbólico, es decir, lo real, sin embargo, es producto del sepultamiento del complejo de Edipo y participa de lo simbólico en tanto es una ley. De igual forma, hay que resaltar cómo, del mismo modo que Freud, lo sitúa en relación directa con la conciencia moral de cada individuo.

Más adelante, propone que desde Freud se han dado algunos avances en cuanto al superyó, puesto que se reconoce su existencia antes del declive del complejo de Edipo, aunque no está seguro de si se trata del mismo superyó, lo que lleva a la pregunta ¿existen dos tipos de superyó en la concepción lacaniana? No obstante, Lacan vuelve a contemplar el superyó en el Edipo, tomando como referencia el modelo de la identificación al objeto perdido, es decir, el duelo y la melancolía, dice: "si incorporamos al padre para ser tan malvados con nosotros mismos, es quizás porque tenemos muchos reproches que hacerle a ese padre" (1960a/2000, 366). Si en la melancolía el reproche hecho hacia el propio yo, es en realidad al objeto perdido por haberse ido, la vigilancia que se introduce con el superyó, es el reproche al padre imaginario por haber agenciado la privación, es decir, haber generado la separación de la madre y su objeto de deseo, puesto que percibir que a la madre

le falta algo, le devuelve al sujeto la percepción de que también él está atravesado por la falta.

2.3 MALESTAR Y SUPERYÓ: HACIA KANT Y SADE

Lacan considera en el seminario 1, que la tesis de Freud en la que sostiene que mientras el sujeto más suprime sus pulsiones y más moral sea, más severo se volverá el superyó, no es universalmente válida, pues según él, Freud se deja llevar por su objeto de estudio, la neurosis, ¿Ocurre de modo distinto en la psicosis y la perversión? Queda la pregunta abierta.

Tampoco está de acuerdo en la forma como Freud relaciona el superyó con el malestar en la cultura, objeción que expresa en los siguientes términos: "Llega incluso a considerar el superyó como uno de esos productos tóxicos que dada su actividad vital, desprenderían otras sustancias tóxicas que pondrían fin, en determinadas condiciones, al ciclo de la reproducción. Esto es exagerar mucho las cosas" (1954/1981, 290). Con respecto a este planteamiento, se encuentra cómo Lacan quiere ponerle un acento hilarante a la construcción del superyó en Freud, sin embargo, una de las perspectivas en que el padre del psicoanálisis trata esta relación, es que el superyó es una de las formas como la cultura intenta regular la agresividad del individuo.

En "Radiofonía y televisión", Lacan expone la relación que hay entre el superyó y el malestar en la cultura desde la propuesta freudiana: "La gula con que denota al superyó es estructural, no efecto de la civilización, sino "malestar" (síntoma) en la civilización" (1973b). Fórmula en la que se puede entender que dicha gula es la agresividad



originaria que Freud vislumbró, agresividad con la cual la cultura siempre ha tenido dificultad para vérselas, es decir, el superyó surge en la oposición entre las pulsiones y la cultura, tensión que genera síntomas en la civilización.

Más allá de su revisión de Freud, Lacan realiza otros aportes. En el seminario "Aún", dirá: "Nadie obliga a nadie a gozar, salvo el superyó. El superyó es imperativo de goce: ¡Goza!" (1973a/1999, 11). Lo que da la entrada a los planteamientos de Kant y Sade, que según Lacan son dos caras de la misma moneda. Así plantea que la ley moral está en contra del placer, puesto que este último, comandado por el principio del placer es una búsqueda incesante del objeto, la cual nunca culmina, ya que el objeto de satisfacción total es irrecuperable por la interdicción del incesto (1960a/2000). Por su parte, como se desarrolla a continuación, la ley moral está del lado del goce.

Para explicar lo que subyace a la ley moral, Lacan toma las experiencias de Kant y Sade. Recuerda que la máxima kantiana corresponde a que la acción particular debe llevarse a cabo pensando en que puede servir de modelo de legislación para todos. En cuanto a Sade, su máxima universal consiste en que hay que gozar de cualquier prójimo como un instrumento de placer. ¿Qué tienen en común dos propuestas en extremos opuestas, la moral y la antimoral?

Según Lacan, la moral de Kant pretende dejar el campo de lo sentimental afuera¹⁰; con este elemento a un lado, en tono un tanto cómico, Lacan dice que sería fácil con-

cebir un mundo regido por la máxima de Sade. Para ilustrarlo, cita a Kant: "En consecuencia, podemos ver a priori que la ley moral como principio de la determinación de la voluntad, perjudica por ello mismo todas nuestras inclinaciones, y debe producir un sentimiento que puede ser llamado dolor. Y es éste el primero, y quizás el único caso, en que éste nos permite determinar, por concepto, a priori, la relación de un conocimiento, que surge así de la razón pura práctica, con el sentimiento de placer o de la pena" (1960a/2000, 99).

Lacan dirá que Kant es de la opinión de Sade, puesto que la experiencia de ambos gira en torno al dolor y no al placer, es decir, ambos son imperativos de goce¹¹, incluso en uno de los ejemplos que Kant propone para enseñar la moral, se debe morir por el imperativo. Con estas dos referencias ilustra Lacan la presencia del superyó en los planteamientos de la moral, el superyó como imperativo de goce, mostrando que aún una de las empresas humanas más elevadas participa de lo más mortífero.

Sin embargo, frente al superyó como imperativo de goce, debe hacerse una salvedad. En "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", Lacan dirá: "En efecto, aún si la ley ordenase: Goza, el sujeto sólo podría contestar con un: Oigo, donde el goce sólo estará sobreentendido" (1960b/2003, 801). Con este juego de palabras, en el cual en francés, ambas -goza (jouis) y oigo (J'ouis)-suenan igual, Lacan deja ver que ante la presencia del imperativo de goce del superyó, el sujeto no puede responder, puesto que el principio del placer le pone límite al goce,

10 En el texto Kant con Sade, dirá que lo que queda afuera es lo pulsional mismo.

11 Lacan también retomará otros tipos imperativos, principalmente el de la ciencia y el discurso capitalista (ver Lacan, J. El reverso del psicoanálisis)

ya que este principio es aliado de la vida y como tal, es un límite lógico que evita la satisfacción total. Es así como en esta tensión, el sujeto no siente culpa por la trasgresión, sino por la falta de goce, es decir, que la culpa aparece porque el sujeto no puede obedecer al superyó, no sobreviene por llevar a cabo un acto, sino por el hecho de no hacerlo.

Con respecto a esta fórmula, Colette Soler (2007) plantea que si bien es precisa, requiere ser completada. Para esta autora, el sujeto puede responder también obedeciendo, con un plus de goce, es decir, con aquello de lo real que queda como producto de la castración; sin embargo, al ser una satisfacción parcial el superyó se redobla por la presencia de la insatisfacción. También puede responder con la repetición, la cual está en entera correspondencia con el goce, lo que sólo generará malestar.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Para empezar este apartado, se señalan las diferencias y similitudes en la definición del superyó en ambos autores; se encuentra que para Freud es una instancia que cada vez pide más renunciaciones, mientras que para Lacan empuja al goce. A pesar de lo anterior, Freud lo ubica del lado de la pulsión de muerte; es decir, ambos lo relacionan con la pulsión, la cual se caracteriza por su carácter inagotable y excesivo. Por lo tanto, sus planteamientos no pueden ser leídos de una forma antinómica, ya que para ninguno es una instancia reguladora, sino que busca su propia satisfacción a expensas del yo, lo cual genera el sentimiento de culpa.

Además de esta relación con lo pulsional, los dos autores conectan el superyó con el complejo de Edipo, observándose una dualidad en ambos: El superyó tanto heredero del ello - que corresponde al registro de lo real- como del complejo de Edipo- que atañe a lo simbólico- .

De otro lado, relacionan el superyó con las primeras identificaciones, señalando su carácter agresivo y devastador. Particularmente Lacan ubica al superyó como producto de la identificación con el padre imaginario en el tercer tiempo del complejo de Edipo, lo cual quiere decir que el superyó tiene algo de imaginario, al menos para Lacan.

Hay que resaltar que Lacan supera la confusión de Freud con respecto al ideal del yo y el superyó, atribuyéndole a cada uno su función, el primero pacificador y exaltante, el segundo una ley ciega y coercitiva. A su vez, propone dos interpretaciones de la articulación que hace Freud del superyó con el malestar en la cultura: 1) el superyó como producto tóxico que detiene el ciclo de la reproducción y 2) el superyó como una instancia estructural y no producto de la civilización. Puede verse como ambas lecturas apuntan a dar cuenta del carácter mortífero e incómodo que el individuo representa para la cultura, lo cual se manifiesta en el superyó.

Es de anotar que las formulaciones de Lacan respecto al superyó se encuentran mediadas por las propuestas de Kant y Sade, al manifestar que en el fondo de la experiencia moral se halla el goce. En este punto, es pertinente aclarar que el presente artículo no logra dar cuenta de la totalidad de una te-



mática tan extensa y compleja; sin embargo, puede sugerir algunas búsquedas y dejar abiertas preguntas sobre referencias que no fueron desarrolladas completamente.

Al aludir a los tres registros de Lacan¹², queda abierta la búsqueda sobre su relación con el superyó, sobre todo en el campo de lo imaginario, tema que no fue abordado en el presente texto.

Se encuentra que Lacan plantea en el seminario "La ética" (1960), que en la formulación de Freud la función del superyó está ligada a la regulación del principio de realidad; se recomienda al lector que tenga en cuenta que este planteamiento sólo se sostuvo hasta 1921 y que, a partir de entonces esta función se la atribuye al yo. Por esta vía, un camino de investigación que se abre, es buscar las relaciones entre el superyó y la ética.

Otra de estas referencias se encuentra en "Las formaciones del inconsciente" (1957/1999), seminario en el cual Lacan diagrama un triángulo, en cuyos vértices se encuentran los registros imaginario, simbólico y real. Del lado de lo imaginario ubica al ideal del yo y al niño, de lo real a la madre y la realidad y de lo simbólico al superyó y al padre; queda pendiente saber por qué realiza esa distribución y por qué sitúa al superyó junto al padre, ¿Consideraría en ese momento que ésta es la única instancia que participa del superyó?

En lo concerniente a la dualidad del superyó, se nota que Lacan plantea que el superyó es de un origen precoz, pero que no se trata del mismo superyó del complejo de Edipo ¿Qué superyó es entonces? ¿Es la psicosis, con su falta de lo simbólico, una vía para comprender esta precocidad? De igual forma, en los desarrollos hechos sobre el objeto voz (1963/1999), Lacan plantea que éste ha sido reconocido por sus desechos, el mandato del superyó y las voces del paranoico ¿Qué significa que sea el desecho del objeto voz? Igualmente, se recomienda que para profundizar en las relaciones entre el superyó y el malestar en la cultura en Lacan, se sigan sus desarrollos sobre los discursos, especialmente el discurso capitalista.

Por otro lado, más allá del superyó y el malestar, se reconoce el camino abierto por Freud para que el psicoanálisis se relacione con otras disciplinas; en este caso se tuvo en cuenta la interacción existente con la sociología, la historia de la cultura y la ética, sin agotar todas las posibilidades, ya que puede interactuar con otras.

Para finalizar, se plantean algunos interrogantes: ¿Es posible la existencia de sociedades armónicas, aún sabiendo las dificultades que enfrenta la cultura para lidiar con la pulsión de muerte? ¿Existe la posibilidad, por medio de terapias psicológicas, de llevar al sujeto al equilibrio y la adaptación? ¿Pueden ser exitosos los proyectos de promoción de la salud y prevención de la enfermedad que no tomen en cuenta el malestar en la cultura?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Diccionario de la Lengua Española (Ed). (2001) (vigésimo segunda edición) España: Real Academia Española.

Freud, Sigmund (1996) Acciones Obsesivas y prácticas religiosas. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1907).

----- (1996) La moral sexual <cultural> y la nerviosidad moderna. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1908).

----- (1996) Tótem y tabú: Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1913a).

----- (1996) El interés por el psicoanálisis. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1913b).

----- (1996) Introducción al narcicismo. En J. Strachey (Ed. y Trad.), obras completas Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1914).

----- (1996) Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1914).

----- (1996) El yo y el ello. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1923).

----- (1996) El problema económico del masoquismo. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1924).

----- (1996) El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1939).

----- (1997) Moisés y la religión monoteísta. En J. Strachey (Ed. y Trad.), Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, (Trabajo original publicado en 1908).

GEREZ, Marta (2003) Imperativos del superyó: testimonios clínicos. Buenos Aires: Lugar Editorial.

LACAN, Jaques (2003). La agresividad en psicoanálisis. Escritos I. Segunda edición, Buenos Aires: Siglo XXI Editores (Trabajo original publicado en 1948).

----- (1981). Seminario I. Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1954)

----- (1999). Seminario IV. La relación de objeto. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1957).

----- (1999). Seminario V. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1958).

----- (2000). Seminario VII. La Ética del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1960a).

----- (2003). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. En: Escritos 2. Segunda edición, Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1960b).

----- (1999). Seminario X. La angustia. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1963).

----- (1999). Seminario XVI. De un Otro al otro. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1969).

----- (1999). Seminario XVII. El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1970).

----- (1999). Seminario XVIII. De un discurso que no sería apariencia. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1971).

----- (1999). Seminario XX. Aún. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1973a).

----- Radiofonía y televisión. Folio Virtual.

MILLER, Jacques-Alain (1986) La clínica del superyó. En: Recorrido de Lacan. Ocho conferencias. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

SARAMAGO, José (2006) Las intermitencias de la muerte. Bogotá: Edición Punto de lectura.

SOLER, Colette (2007) Declinaciones de la angustia. Bogotá: Edición Gloria Gómez Ltda.

